

LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO"

NOCHEBUENA

Con sus mil tambores corren los pequeños por las calles. Las gentes los contemplan pasar. Por mirar un momento sus sembrados risueños, se detienen los viejos su pasado a evocar

y reviven en su alma los antiguos cortejos del pesebre, con todos sus hermosos halagos y recuerdan las fuentes de bruides espejos, y las fachas bohemias de los tres Reyes Magos.

Los camellos simbólicos, los corderos, la mula y la vaca, pastando en el prado que ondula... Las montañas grisáceas de color de cartón...

Y meditan... meditan... Meditar hace daño... a los pobres ancianos, que estas fiestas del año se les clavan cual dagas dentro del corazón.

M. E. CASTILLO y CASTILLO.
Guayaquil 1913

NOCHEBUENA

Ronda de pueras, en lugar del a que el arte con brujas. Una Noche del Sábado al revés. Ha observado Benavente, cómo de cuando en cuando necesitamos abandonar a la furia de una bacanal satánica. De ahí la magnificencia de su famosa obra La Noche del Sábado. También se da el caso contrario. A veces no podemos pasar sin refugiarnos en un delirio aéreo, difuso y tornasolado por las más suaves coloraciones, como una pompa de jabón.

Es Nochebuena, y el gran artista no ha querido bailar en la zambra munda y preferido desahogar su alma en el éxtasis. Otros años marchaba al campo, o a la provincia donde viven los suyos, o le sorprendió la señalada festividad en un barco, en el extranjero, o en la casa de algún amigo que le convidaba a pavo y a tortura para el espíritu. Intentan balbucear las diversas nostalgias, los villancicos pastorales, las lágrimas maternales, aquel acordeón de un emigrante, las sonrisas acedadas en toses de una de las infinitas damas de las camellas, el árbol Noel y los niños...

Están cerradas las maderas de los balcones. Sin embargo, llega al interior el aullido del vendaval. Los desdichados troncos de las acacias, bajo la ráfaga, suenan como látigos de cosaco sobre la muchedumbre desterrada. A lo mejor se oye la horrenda algarabía de un trío de borrachos. La heterogénea avalancha del aire y los bríos humanos barre y destruye la delicada floración de los recuerdos, apenas se insinúan tanto y tantos capullos. En el silencio, murmura el gas de la estufa su solemne metódico. No ha mucho estaba en una cámara próxima, un reloj de pared.

Remontándose en su butaca Voltaire, el estrobo solitario fuma, acaricia como si la besase una aromática barra bahiana. Su cena ha consistido en una copa de un vino centenario, unas narajas y en el humo del tabaco. Comió allí mismo, en el cuarto donde se recrea para trabajar, y todavía se amontonan las narajas y desaparecen unos platos y cuecen las uvas entre las pilas de libros. No ilumina la estancia más luz que la de una lámpara portátil, algo así como un gnomo con la esperanza de su pantalla vacante de nada. Flota en torno del pensativo una amable penumbra, y la oscuridad y el humo discurren por los rincones. En los muros aparecen sus brillantes obras de arte, cuadros, grabados, fotografías, cacharros, tenebrosos y unos minúsculos tientos con hierbas hu-

milidas y enfermizas. Hay un espejo, pequeño y redondo, que refleja las llamas de la chimenea. Diríase la exaltada pupila de una de las brujas del aquelarre, y pretende hechizar a la víctima que logró huir y ponerse fuera del peligro.

Joven, y con el pelo canoso y el rostro roto con arrugas que parecen cicatrices, la clara mirada, inalterablemente infantil, desprecia a la boca, buscadores de oro en las películas. Fue repentina la decisión de quedarse en casa, y hallase vestido de frac. Lo había invitado a una Nochebuena cosmopolita. A última hora le entró pereza de repetir su eterno papel en la comedia de los salones; ya no le seducían arullar con sus palabras místicas y luminosas los nacurados oídos de las mujeres. Antes solía convertir las damas en lindos cuentos que refería a las damas. Autor privilegiado de obras teatrales, de novelas y de crónicas comparables a sonrisas, alcanzó el favor del público femenino. Constantemente se le presentaba la oportunidad de una boda a la par útil y dulce; pero siempre renunció al descanso que le obligaría a no continuar cultivando la inquietud en colaboración con sus amigos. Ya con la pata de gallo, y comenzando a ser difícil levantar con ligereza el pañuelo caído de manos de las admiradoras, había la misma garcía de su primera juventud como persiste en su literatura de elegancias y sensualidades. Así los duques y las marquesas del siglo XVIII danzaban minúsculas en las tarascas de la guillotina.

Aquelarre y profano misticismo de cristal. Principió el artista su volada, saboreando la soledad, codiciando el halo de las gentes populares. Lenta, insensiblemente, el personaje romanesco ha ido transformándose en solitario profesional. Se quebraron las jehonosas pompas irizadas. No sospechaba el enfermo que lo estuviese, y de improviso piensa que va a morir. Casi contenta su propia funeraria. La guirnalda de adorados fantasmas desapareció, y en su lugar se colocaron unos dolorosos espectros. El humo del cigarro se deleita en modelar las figuras de las novias, y al desahucarse la silueta, en el derrumbamiento de las gasas nacidas del fuego, caricaturiza la ingravida asociación, como el tiempo deformó los armoniosos cuerpos adolescentes. ¡Y las hijas de las madres que amó tanto...

El gran artista que perfeccionaba su vida como una obra de arte, el donjuanescos héroe, el cruel anatómico de mujeres, el mayor cultivador por estas tierras del sport femenino, el que son-

do, mas a los influjos del hada amorosa, que supo el secreto de aquel corazón, se fue convirtiendo poco a poco en rosa. En rosa más bella que las de Sarán.

LA ROSA NIÑA

A Mademoiselle Margarita M. Guido.
CRISTAL, ORO Y ROSA. ALBA EN PALESTINA

Saben los tres reyes de adorar al rey. Flor de infancia llena de una luz divina. Que humaniza y dora la mula y el buey.

Baltazar medita, mirando la estrella que guía en la altura. Gaspar sueña en la visión sagrada. Melchor ve en aquella visión, la llegada de un mago bien.

Las cabalgaduras sacuden los cuellos cubiertos de aedas y metales. Frio Matinal refresca bellos de camellos húmedos de gracia, de azul y rojo.

Las meditaciones de la barba sabia Van acompañando los plumajes flacos, Los águilas trotes de potros de Arabia Y las rhas blancas de negros esclavos.

¿De dónde vinieron a la Epifanía? ¿De Persia? ¿De Egipto? ¿De la India? (Es en vano Cavilar. Vinieron de la Luz del Día, Del Amor. Infinito pensar, Tertuliano.)

El fin anunciaban de un gran cautiverio Y el advenimiento de un raro tesoro. Traían un símbolo de triple misterio, Portando el incienso, la mirra y el oro.

En las cercanías de Belén se para El cortejo. ¿A causa? ¿A causa de que un dulce niño de belleza rara Surgió ante los magos, toda ensueño y fe.

¡Oh, Reyes!—les dice.—Yo soy una niña Que oyó a los vecinos pastores cantar, Y desde la próxima florida campiña Miró vuestro regio cortejo pasar.

Yo sé que he nacido Jesús Nazareno, Que el mundo está lleno de gozo por él Y que es tan rosado, tan lindo y tan bueno, Que hace al sol más sol, y a la miel más miel.

Aún no llega el día... ¿Dónde está el Prestado la estrella para ir a Belén. No tengáis cuidado que la aparezca el diablo. Con mis ojos puros la cuidaré bien.

Los magos quedaron silenciosos. Bella De todo belleza, a Belén tornó. La estrella; y la niña, llevada por ella Al establo, cuna de Jesús, entró.

Pero cuando estuvo junto a aquel niño, (infante, En cuvas pupilas miró a Dios arder, Se quedó pasmada, pálida el semblante, Porque no tenía nada que ofrecer.

La Madre miraba su niño-necero; Las dos bestias buenas daban su calor; Sonreía el santo viejo carpintero; Y la niña estaba temblando de amor.

Allí había oro en cajas reales, Perfumes en frascos de hechura oriental, Incienso en copas de finos metales, Y quesos, y flores, y miel de panal.

Se puso rosada, rosada, rosada... Ante la mirada del niño Jesús. (Felizmente? era su madrina una hada, De Anatole France o el doctor Mardrus.)

¿Qué dar a ese niño, qué dar sino ella? ¿Qué dar a ese tierno, divino Señor? Le hubiera ofrecido la mágica estrella, La de Baltazar, Gaspar y Melchor....

¡Mas a los influjos del hada amorosa, que supo el secreto de aquel corazón, se fue convirtiendo poco a poco en rosa. En rosa más bella que las de Sarán.

La metamorfosis fue santa aquel día. (La sombra lejana de Ovidio aplaude.) Pues la dulce niña ofreció al Señor, Que lo agradecía y le sonreía, En la melodía de la Epifanía, Su cuerpo hecho pétalos y su alma hecha color.

Rubén DARÍO.

Siempre que lloraban por su causa, ahora ha sollozado por todas y cada una de las bondades y las bellezas burlescas ayer. En su butaca, como un inválido, el hombre glorioso entona un responso al hombre inadvertido por sí mismo.

Y es la Nochebuena, cuando nuestro mundo es una cuna que todos columpiamos, todos, menos los infelices que no movieron cunas jamás!

Federico GARCÍA SANCHEZ.

CUENTOS ESPAÑOLES DE NAVIDAD

LA MISTERIOSA VISITA

Magda, que leía junto al fuego crepitante de la chimenea, levantó la cabeza sorprendida de aquel súbito resplandor que venía del pasillo.

Segura estaba de que no había nadie en la casa más que ella. Sus criadas le pidieron permiso para pasar la Nochebuena con las familias respectivas. Una calma y una obscuridad profundas había en todo el piso de la cocota, excepto allí en el comedor, donde se había refugiado contra los recuerdos y la soledad.

Y de pronto, aquel resplandor, claro, bien distinto de la tibia y amarillenta luz eléctrica que deslucía el globo desolado del pasillo. ¿Había vuelto la doncella?

—¿Julia! ¿Julia!

Su misma voz se asombró en el silencio de la casa vacía.

No, no era Julia. Sin rumor alguno, con unos pasos ténues que no parecían rozar el suelo, entró un hombre. Magda se puso de pie, asustada.

—¿Por dónde ha entrado usted?

El hombre sonrió bondadosamente.

—¿Por qué se asusta usted, Magdalena? La puerta estaba entornada. Debí llamar, sin embargo, lo comprendo....

Y había tanta dulzura en la voz, tan noble expresión en su rostro, que Magda se tranquilizó algo.

—¡Oh! Esa Julia... Es una estupidez... Voy a cerrar.

El la condujo con un ademán de su mano enguantada.

—No hace falta. Yo corrí.

Magda le miró fijamente, sorprendida de aquella extraña cadencia con que el desconocido daba las palabras.

—Era un hombre alto, metido el cuerpo dentro del gabán amarillo, como una túnica. En la mano llevaba el haldado sombrero negro, y sobre el cuello del abrigo, una corta melena y descansas la barba rizada y tripeña.

—Síntese; aquí, junto al fuego —le invitó Magda.— Tomaré una copa de algo, ¿verdad?

Y la cocota se disponía a ir hacia el aparador, cuando el desconocido la detuvo:

—No. Gracias. No bebo nunca.

—¿Ni esta noche?

Y le sonreía provocativa, recordando, al fin, su mundana misión.

—Ni esta noche. Nunca.

Magda se sentó entonces frente a él, en una sillita baja. El resplandor fúgido de la chimenea les eurojeaba por igual los rostros. Guardaban un silencio íntimo y afable que a ninguno de los dos molestaba. La casa volvía a llenarse de calma y obscuridad.

—Le agradezco mucho su visita. Siempre fué esta noche muy triste para mí. Todos mis amigos tienen afectos, deberes que se los llevan lejos. Todas mis amigas sienten el mismo orgullo de nuestra pena solitaria.

—Por eso he venido. Otra noche, con otras gentes, con otro estado de espíritu en usted, no era posible.

Magda le miró sorprendida. Una timidez, un pudor nuevos y, sin embargo, reconocidos desde unos días, ya muy hundidos en el tiempo, le causaban una sensación de adolescencia y de pureza.

—¿Usted no tiene tampoco a nadie?

—No lo sé. Temo que no. Los hombres me van olvidando.

Lentamente se quitó los guantes. Magda lanzó un grito. En las manos blancas tenía dos llagas...

—¡Oh! Dios mío! ¿Qué es eso?

El se miró, sonriendo, las manos: —Son heridas que no se cierran. Y hace ya mucho tiempo...

Magda unió entonces la idea de aquellas heridas con el aspecto extraño del desconocido:

—¿Viene usted de la guerra?

El desconocido hizo un ademán de infinita amargura:

—Desde el primer día estuve en ella, inútilmente, sintiéndome sangrar de corazón dentro del pecho, procurando defender mis ideas y mis bienes, que pertenecen por entero a la Humanidad. Y veía cómo los hombres bombardaban las iglesias y cómo las cruces de los caminos eran desmochadas a ca-

ñonazos, y cómo los cadáveres insensibles infestaban el aire....

Poco a poco, en una exaltación dolorosa, en un temblor de lágrimas, fue hablando de los trágicos espectáculos que había visto en Oriente y en Occidente. Una sagrada cólera le acometía para desmayar pronto con desahucios melancólicos. Y, por último, aludiendo las manos de la cortesana, abrazándolas con el ardor febril de sus llagas abiertas, evocó los tiempos futuros y apaciguados....

Magda le oía absorta. Toda su alma se había cambiado en otra, ingenua y limpia. Caían en el renovado blanco espiritual las palabras del desconocido como rosas rojas en una rara y penetrante fragancia. ¿Dónde había oído Magda aquella voz y contemplado aquel rostro y sentido aquella cariñosa ternura?

Aun más le aumentó su curiosidad oírle decir al hombre de las manos llagadas:

—Tiempo hacía, Magdalena, hija mía, que no hablábamos así.

—¿Nos conocimos antes? —preguntó ella? — ¿Cuándo? Tantos hombres pasaron por mi vida, que no te recuerdo bien. Y, sin embargo, me das mi nombre de niña, el que nadie me da. Joven eres como yo, y parece que me acunaste cuando niña.

Ahora Magda sentía la imperiosa necesidad de revelar toda su vida y ponía en las manos de aquel hombre como un cestillo de ácidos frutos, como una lámpara votiva que el diablo quisiera extinguir.

El desconocido oía la confesión vergonzosa y humilde; alisaba con la mano llagada el peinado coquetesco de Magda. Y ella hundía el rostro en el pecho del extranjero, como queriendo acortar la distancia entre sus palabras y el corazón de él.

Las horas se iban suavemente. El fuego de la chimenea se encenizaba. Ya era sólo un mortecino resplandor. A la puerta del centro la casa, al final de la calle de Goya, cerca del campo, los rumores de la ciudad no llegaban. Y con el helado fulgor de las estrellas caía, espeso, el silencio.

Pero, repentinamente, estremecieron la calle los resplandores, los bocineros de un automóvil, y sonar de panderos y zambombas y risas de mujer y cánticos broncos de hombre...

Magda apartó su cabeza del pecho del desconocido.

—¿Oyes?

—Sí...

Se levantó a escurrir, arrojando el oído a las maderas del balcón. El automóvil se había detenido al pie de la casa. Por la escalera subían las risas de mujer, el griterío de los hombres, el áspero zumbido de una zambomba.

—¡Oh! ¿Serán?... ¿Quiénes?

El hombre desconocido se había puesto de pie, igualmente. Su rostro tenía una expresión de infinita tristeza.

—Eso... Uno... Cualquiera.... ¿Qué más da? Sonó, imperioso, el timbre de la puerta.

—¡Calla!

Apagó Magda la luz. Inmóviles y a oscuras, ambos escucharon.

Los timbreros. Tres. Una llamada terca, persistente. Luego aporreadura la puerta. Y, después, una pausa, durante la cual, Magda se oía latir el corazón; cuchichearon los que pretendían entrar, y bajaron la escalera, ya sin risas ni griterío....

Magda les sintió subir en el automóvil; les oyó alejarse.

—¿Al fin?

Y dio vuelta a la llave de la luz. Estaba sola. Quiso llamar en voz alta al desconocido, temerosa de avanzar por la casa vacía.

Pero ignoraba el nombre del desconocido.

José Francés.

EL TECHADO "CERTAIN-TEED" BIEN PUESTO DURA COMO EL ZINC, Y HACE UNA CASA MAS FRESCA Y MAS BARATA.

GONZALEZ RUBIO Y Co.

A LULU

De seguro que cuando llegue la Noche Buena te miro en la plazuela del barrio pastoril, danzando — ¡Oh, del villorio futura Magdalena! al triste y soñoliento ritmo del tamboril.

Te veré con el cura de la panza rollena, cebado entre la carne, feligrés mujeril, tomando chocolate, comiendo berenjena, pasteles y capones con ajo y perejil.

Y en la misa de Gallo, como un ser inocente, masticarás tus rezos ante el mártir doliente que viste taparrabo sobre un madero en cruz.

mientras que el monaguillo, recorriendo la ermita con un dedal de trapo puesto en una varita, va pidiendo limosnas para el Niño Jesús.

Luis C. LÓPEZ

LLEGO YA NOEL....

Llamando a las puertas de todas las casas está el Noel. Hay que abrir: es él. Traed frescas rosas y un fresco laurel para la casaca del viejo Noel.

Es un viejo jóven que siempre está niño por más que se mire su barba de armiño, rie, rie, rie como un bonachón; si plateada tiene la cabeza, tiene ricas carecadas tal como conviene las tenga en la boca todo mocetón.

Los niños se alegran. Para ellos, el viejo llega, cabalgando sobre algún bernejo pegaso o montado en una avestruz, trayendo una arca con mil monigotes, que los buenos padres — son dos ingenuitos — les dicen los trae el Niño Jesús.

Echase a las calles turbas de chiclelos (pitos, flautas, bombos, tambores) y van tal fuera una turba de mirlos locuelos al son de matraca que hacen tra-ka-tran.

Hay luz en las casas, y tras las ventanas se advierten semblantes y voces mundanas que el fasto celebran con solemnidad, haciendo a una mesa cora, la familia con los pequeños están en vigilia ante el árbol clásico de la Navidad.

Y los niños pobres que ponen sus botas bajo las ventanas, remendadas, rotas, por seguir ingenuos con la tradición, ignoran que al día siguiente han de hallarlas como las dejaron o peor talvez (si llovió sobre ellas) pues no fue a buscarlas Noel no es el Niño Jesús del burgués.

Y en otra, así mismo, dos viejos escuetos que no tienen hijos, que no tienen nietos nostálgicos miran el árbol y se recuerdan los tiempos mejores, los de antes, cuando las muñecas y los elefantes de palo — Ese tiempo que vivió y se fué.

Afuera las calles se alegran. Chiclelos con flautas y pitos y bombos, que van saltando cual tropa de mirlos locuelos al són de matraca que hacen tra-ka-tran.

J. A. FALCONI VILLAGOR

VILLANCICO DE NAVIDAD

Matraças, pitos y zambombas... Universal festividad. Entre filarmónicas trombas vuela la flor de la piedad.

Se regocijan los chiquillos en la columna matinal; sube un perfume de tornillos hacia el crepúsculo oriental.

Ya se usó en Belén el astro que vio la burra de Balán; por un camino de alabastro los querubes se van, se van!

Y el Alba en la risa del Niño desliza su diadema, mientras prepara su corpino amplificante, la Humanidad.

Haciendo coplas religiosas y villancicos de azahar, se distingue en plazas y esquinas la multitud funicular.

A buhardillas y rincones descendiendo el Genio familiar con elixires y bombones y chascarrillos del pajar.

Y a la niña le tocó el turno un personaje eclesial hizo merced a su coturno con la piedra filosofal.

Era una niña que esperaba la pascual oportunidad, y al Niño Jesús suplicaba el aguinaldo de Navidad.

El sembradorcito glorioso con su rocía lacrimal alzó el árbol generoso en el desierto terrenal.

Jugueteos, dulces en racimo, entre cimbeles de ananás; invierno sus besos ópicos da a la Natura verdegas.

En el pesebre milenarista de la mundial Arcaadía está el buey soplando su incensario a Jesucristo que vendrá.

Cencerros, pitos y zambombas. Decid, humanos a compás: "¡Eslemos tierra en vuestra Nace Jesús, nace la Paz!"

Sergio

LA NOCHE DE NAVIDAD

Al calor de la lumbre agonizante vamos a celebrar la noche buena porque yo quiero disipar la pena que me devora instante por instante.

Pequeños, venid: mi fantasía os contará maravillosos hechos, y después... blandamente en vuestros lechos id a soñar... hasta que venga el día.

Yo me pondré a contaros y entretanto, descenderán las lluvias de mi llanto silenciosas, penadas y quemantes.

Y mañana temprano, en vuestras botas, en lugar de muñecos y pelotas hallaréis un reguero de diamantes.

F. RESTREPO GOMEZ.

SE VENDE



Una ideal CUAJADORA DE HELADOS, TRITURADORA PARA HIELO Y MOTOR EN UNA SOLA MAQUINA.

Motor de corriente alterna, monofásico, de 42 Cycles y 2 H. P.

Triturador con capacidad para desmenuzar 100 libras de hielo por minuto.

El cubo de congelación tiene capacidad hasta para 40 litros de crema en 15 a 20 minutos.

Informes en la Botica del Dr. J. M. Alemán P., Ma león 1206—7 o Apartado 442.

CASA FRANCESA GUAYAQUIL

Comunicamos al público y a nuestros suscritores, que como de costumbre el próximo domingo 28 de Diciembre de 1919, en nuestro ALMACEN calle de Pichincha No. 227, 224, 223, a las 11 a.m., efectuaremos los siguientes sorteos de artículos de "PLATA REED y FACTOR".

40. GRUPO 55 sorteo.

50. GRUPO 57 sorteo.

CLUB DE REVOLVERES CALIBRE 32

Próximamente se abrirá este Club de Revólveres SMITH & WESSON, calibre 32, cañón corto y largo, con fundas de cuero.

Pedir datos y ver muestras MANUEL A. RIVAS O.

Nueve de Octubre 405.

Guayaquil, Diciembre 18 de 1919.



Estuches de Manicure

Marfilly Nacar

El mejor regalo para Navidad y Año Nuevo

\$ 4,80 9.80 10,50

LEVY Hnos.

CONVOCATORIA

La Liga Naval Ecuatoriana, tiene la honra de invitar a los ecuatorianos patriotas y deseosos de contribuir a la defensa nacional, a la sesión solemne que tendrá lugar el jueves 25 del corriente, en el Teatro Olmedo, a las 9 p. m., para elegir el nuevo Directorio, por votación directa de los asistentes, y presentar a la consideración del país los estatutos recientemente formulados por la Liga.

EL DIRECTORIO.

NOTA.—La asamblea será realizada con la presencia de la señora Susana Arcemena Coronel, Reina de las pasadas fiestas octubrinas, acompañada de su corte de honor.

La entrada será por invitación especial y las localidades no tendrán valor alguno. Se advierte al público que no se harán colectas de ninguna clase.

AL PUBLICO

Las personas que no quieren engañadas por algunos falsos y conocer las píldoras legítimas, Mallén, no tienen más que fijarse en la etiqueta y la receta impresa.

Pablo Zúñiga S., fabricante propietario del secreto de estas píldoras, autorizado por su autor, Manuel Mallén, desde el año 1919.

Pablo Zúñiga S.